

Relatos de



AMEIS Asociación de Mujeres Escritoras e Ilustradoras

Las creadoras de AMEIS, Carmen Huici y María Villa, han sido galardonadas con el premio “Navidad” precisamente con los textos que firman en esta ocasión. Carmen Huici recuerda los acordes del concierto de Año Nuevo retransmitido desde Viena. María Villa marca paralelismo con la temporalidad de la propia vida, con el estar

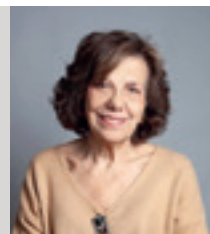
EL ÚLTIMO VALS

Iba a tener razón su terapeuta. El escribir relatos anti-navideños parecía haberle drenado el espíritu, pensó mientras apagaba el ordenador y se dirigía a la ducha. Algo después estaba en la calle sintiendo el frío estimulante bajo el radiante sol del diciembre madrileño. Parecía haber conjurado la especie de gripe mental que le solía aquejar hacia el día 20 y podía durarle hasta entrado enero. Incluso se veía con energía para encargar un capón, comprar turrónes y hasta un muérdago de plástico en un chino. De pronto recuperó el recuerdo como quien encuentra algo valioso en una caja llena de adornos sin valor. El último vals con ella en la Navidad de hacía dos años. Curiosamente, casi sin poder andar tras la operación de cadera, era capaz de bailar. Así, a los acordes del concierto de año nuevo vienés, emprendieron un vals, en realidad el último de su vida, en su salón iluminado y ante la curiosa mirada de sus gatos.

Carmen Huici



CARMEN HUICI, nacida en Madrid en 1945, es Catedrática de Psicología Social en la UNED, hoy colaboradora honorífica de esa universidad. Entre sus trabajos literarios está el libro de relatos de ficción de viajes “El Sur del Norte”. Recibió el segundo premio del XI Concurso Internacional de Relatos “Dónde está la Navidad” con “El último vals”. En actualidad prepara dos libros de relatos “Madrid: ciudad abierta” y “Minúsculos amados, viejos enamorados”.



eNavidad

Las creadoras de sendas ediciones del Concurso Internacional de Relatos “Dónde está la Navidad” Carmen Huici transporta con su relato a la melancolía de un último baile, un vals, a los recuerdos de María Villa sitúa al lector en una residencia en la que la temporalidad de una estancia cobra un nuevo sentido. Son los relatos de unas fiestas que ya están aquí.

CUENTO DE NAVIDAD

Volvió a mirar el mapa del metro y contó las estaciones que faltaban para llegar. Un nuevo trabajo en una Residencia a las afueras de la ciudad. Había trabajado en el Hospital más de quince años y tocaba hacer un cambio. La locución en el metro le indicó que había llegado. Subió las escaleras y con paso firme se dirigió a la salida.

Llegó a la puerta de la Residencia, le esperaba la directora, Ana, una chica joven, pelo rubio, recogido en una coleta, iba vestida con un traje negro y camisa blanca. Nada más verlo, le dio dos besos.

-Por fin estás aquí -dijo aliviada-. Ven, te enseñaré las instalaciones.

Ana le enseñó las zonas comunes de la residencia: jardines, comedor, piscina, habitaciones de los usuarios y baños.

- ¿Qué te parece nuestro pequeño paraíso? -dijo Ana.

- No está mal, me lo enseñó Andrés el día de la entrevista.

- Es cierto- dijo Ana y sonrió.

Max la miró con ternura, le gustaba desde la Universidad.

Llegaron a una sala amplia, donde estaban sentados los residentes y el personal de enfermería, que con paciencia ayudaba a realizar los ejercicios. Max se cambió de ropa en los vestuarios. Con el pijama de trabajo recorrió la sala común para conocer a los usuarios. Nada más entrar en la habitación, se le acercó uno de los abuelitos, ayudado por un andador. Parecía volar.

- Usted es el nuevo. Soy Adrián. (el anciano se apoyó en su andador). Le vi antes con la directora. Una chica muy guapa, está divorciada. Aquí están todos muy enfermos, ya lo verá. Yo estoy de visita. Lo mío es temporal, aunque llevo ya 7 años. Continuaron la visita juntos.

Pasaron los días, y la amistad entre Max y Don Adrián se fue consolidando. Le contaba sus aventuras de joven, cómo ligaba, y cómo esa misma táctica la utilizaba aún con las abuelas en los bailes. De repente, miró a Max muy serio.

- Hoy se han muerto tres.

- ¿Cómo sabe eso? -dijo Max. Esa información nunca se daba a los usuarios.

- Hijo, uno es viejo, y aquí se sabe cuándo vienen a buscar a los compañeros -dijo triste-. Pero yo estoy de visita, nadie me quita de comer el turrón ese que dan todas las Navidades y el Roscón del Súper. Fingen que es de la mejor confitería del pueblo.

Max no paraba de reír con las ocurrencias de Don Adrián. Cuando iba al jardín a fumarse un cigarrillo a escondidas, el abuelito, lo buscaba y le pedía una caladita.

- Un día me busca usted un bollo- decía Máx en tono divertido.

Faltaban unos cuantos días para Nochebuena, y tras librar por descanso, Max se extrañó de no ver a Don Adrián. Fue rápido al despacho de la directora y llamó a la puerta, se mesó la barba antes de entrar.

- Ana: ¿Sabes algo de Don Adrián? -preguntó.

- No te lo han dicho- dijo con tristeza-. Se ha muerto. Te dejó una carta.

Se la entregó, sus manos temblaban. Max leyó la carta que le había dejado, no pudo evitar una sonrisa. Don Adrián y sus ocurrencias. En la carta le decía que no llegaría a Navidad, total él estaba de visita. Y que no fuera tonto y se declarase a la directora. En esta vida estamos de visita, temporal.

MARÍA VILLA, nació en Jaén “un 26 de julio del 76”. Madrileña de adopción, es diplomada en Ciencias Empresariales por la Universidad Complutense y escribe poesía y relato breve. En 2016 fue la ganadora del XII Concurso Internacional de Relatos “Dónde está la Navidad” y ha publicado en la antología “Esas que también soy yo”, de la editorial Menades, en 2019

